

L'Empire Euro-Asiatique

■ Hélène Carrère d'Encausse, París, Fayard, 2006

Siempre me entusiasmaron, en las ciencias sociales, quienes tuvieron visión anticipatoria. Kart Haushoffer, observador en la guerra ruso-japonesa de 1905-1907, quien a su regreso a Alemania formuló la ley geopolítica de que «el centro estratégico» se desplaza hacia la conjunción del Pacífico y el Índico. John Maynard Keynes, el diplomático de menor rango jerárquico en la Conferencia de Paz de Versalles (1918), quien le escribió al Primer Ministro británico solicitándole, contra la opinión de Clemenceau, que no se constriñera económicamente a Alemania, que los alemanes eran buenos pagadores, pero que si un día se encontraban acogotados financieramente no faltaría el aventurero que dijera «no pagamos más» y ahí comienza la Segunda Guerra Mundial. La tercera autora que me interesó es Hélène Carrère d'Encausse, cuando en «l'Empire éclaté» anunció la destrucción de los Soviets y su dispersión en varios países independientes.

En este libro, la autora repasa la historia rusa bajo la denominación de Imperio Euro-Asiático, esa unidad geográfica cuya cabeza está en Europa y el cuerpo mayoritariamente en Asia. Este concepto –sostiene la autora– fue pergeñado por los exiliados rusos en París hacia 1920 y resulta actualmente el de mayor uso por la prensa moscovita.

La autora es de madre rusa y, aunque secretaria permanente de la Academia Francesa, piensa como eslava. Su texto es una morosa reiteración en la que repasa región por región todas las que compusieron este imperio, muy lejos de la «legerté» gálica. Esta historia comienza en 1552 cuando la capital rusa se traslada definitivamente a Moscú y se extiende hasta

nuestros días. Así se repasa capítulo tras capítulo la conquista europea de los tres Estados bálticos, Finlandia, y sobre todo Polonia, y los paulatinos avances hacia el Este: relata los enfrentamientos con el imperio otomano, las sangrientas luchas en el Cáucaso, la conquista de las tierras orientales del Volga, el cruce de los Urales, las guerras durísimas en torno al Mar Caspio y, a la inversa, la marcha por la tundra siberiana. En estos inmensos espacios ocurrió al revés, primero los cosacos motu proprio avanzaron en esas tierras y tras ellos entraron los comerciantes de pieles y finalmente el Estado ruso y la Iglesia ortodoxa. Esto inextricablemente me hizo pensar en Brasil, donde a despecho del Tratado de Tordesillas, «os bandeirantes» fueron portando la bandera portuguesa hacia el norte y el oeste, para que varios años después el imperio portugués legalizara la situación de hecho.

La autora se expresa siempre como historiadora, discípula en cierto modo de la escuela de los «Anales» parisina, en el sentido de que se dedica a los grandes espacios, pero solo se atiene a los hechos políticos y militares, menoscabando los datos de la historia económica y sobre todo omitiendo el Sistema de Ideas. Esto me parece significativo, porque la Rusia de fines del siglo XIX y comienzos del XX personificó un debate entre eslavófilos y europeístas. Como es fácil recordar, casi toda la gran novelística rusa se ubicó en el primer término de esta ecuación, insistiendo en la Santa Rusia y en la creencia de la tercera Roma. Porque por esta concepción ideológica en Rusia hubo la excepcional motivación que impulsó su expansión. Pero no le exijamos a la autora que escriba lo que a nosotros nos parece, por cuanto fiel al academicismo histórico, se mantiene siempre dentro de los cánones académicos de su disciplina.

El libro tiene una información incomparable, sustentada sobre todo en esa amplísima bibliografía rusa, que ignoramos los occidentales. Tal vez cuando se enfrenta con la Revolución Rusa de 1917 incorpore algunos de los acontecimientos que nos son más ignorados. Porque si Lenin, dirigente político, era renuente a suponer el éxito de una revolución emprendida por campesinos, por tratarse de una herejía ideológica, el Lenin jefe de Estado se reconvierte en un ser empírico, que frente al Primer Congreso Comunista Asiático vierte una visión total-

mente al uso de una población originariamente musulmana, y así invita a esos iletrados a una Guerra Santa.

El libro de marras fue presentado por la autora y el Embajador ruso a los académicos titulares de las Palmas Educativas. En esa oportunidad el Embajador ruso en París, dirigiéndose a la autora le dice: «Vuestros antepasados, señora, fundaron el Imperio, y vos habéis elaborado su historia y desarrollo como nadie hasta el presente». Cuando leí esta introducción, inevitablemente me quedé pensando, quién es por parte de madre Hélène Carrère d'Encausse, vocal también de la Academia de Ciencias de Moscú.

José Luis de Imaz

NOTA:

El Doctor José Luis de Imaz falleció en Buenos Aires, el 14 de mayo de 2008. Para *Estudios Internacionales* es un honor poder publicar en forma póstuma uno de los últimos textos de este destacado pensador argentino.